

# LA DESPENSA

*(Idea para el guión de un cortometraje)*

---

Hay un lugar común que se repite demasiado y que casi nadie examina. Dice que nadie puede hacerte enfadar sin tu permiso, que la paz es una decisión y que el enemigo siempre está dentro. Suena bien. Y funciona, mientras uno pueda pagar el precio de esa calma. Se supone que eso es madurez, dominio de uno mismo. En realidad es una trampa de desgaste.

La calma no brota sola, se erosiona, se gasta. Cada vez que alguien encaja una ofensa y no responde está pagando algo. Quien vive rodeado de gente que, en su mayoría, le devuelve lo que da repone esa reserva por la noche y amanece entero. Quien vive donde nadie le devuelve nada, gasta y no repone. Se vacía poco a poco. Al principio apenas se nota. Al cabo de un tiempo se nota en todo.

Ahí está el desnivel que ese lugar común no reconoce. El consejo, casi nunca pedido, lo escribe siempre alguien con la despensa llena y se lo suelta siempre a alguien con la despensa vacía. El que aconseja no miente ni obra de mala fe, sencillamente no sabe lo que cuesta aquello que recomienda, porque él no tiene que sostenerlo contra nada.

Lo interesante empieza después. Cuando una persona practica durante años el no responder aun con la despensa vacía, aquello deja de ser una elección. Al principio era una herramienta. Una máscara. Se la ponía cada vez y cada vez le costaba. Pero con la repetición el gesto se automatiza y ya no hace falta decidirlo. Parece una victoria. Ataraxia. Y llega el día en que esa persona quiere hacer lo contrario, tiene un motivo legítimo, uno que cualquiera reconocería como suficiente, y descubre que ya no tiene con qué. Lo que sostenía con la mano delante de la cara se le ha quedado pegado. Ya no es una máscara, es la cara. Se fusionó con él. Dejó de sentir. Dejó de ser.

Eso es lo que merece contarse. No la serenidad como logro, sino el momento exacto en que una actitud se revela como una amputación del propio ser. De la capacidad de sentir, de vivir. Y el detalle cruel es que desde fuera las dos cosas se ven idénticas. Nadie distingue a quien no responde porque ha elegido callar de quien no responde porque se ha quedado sin munición. A los dos los admiran igual. Y a uno de los dos el elogio le llega como una burla.

Queda algo más, y también da juego. A veces la calma sí desarma. Contra quien busca la reacción para justificarse, o cuando hay un tercero delante mirando, no responder gana la partida. Pero en un sitio cerrado, sin testigos y sin salida, no desarma nada. Solo abarata el coste de repetirlo. Son dos situaciones distintas y quien predica no las separa nunca.

De este material puede salir un cortometraje de muchas maneras. Dos personas hablando, una que aconseja desde la abundancia y otra que escucha desde la escasez. El mismo personaje en dos momentos de su vida con voz en off. O nadie que mencione el asunto y solo alguien que no consigue levantar la voz el día en que por fin le tocaba. La forma es lo de menos. Lo que hay debajo es siempre lo mismo. La pregunta no es si conviene mantener la calma, sino quién puede permitírsela y qué le queda a quien lleva demasiado tiempo pagándola.